

—¿Por qué se complace entónces en hacernos sufrir á todos?

—Porque quiere que ganemos el cielo con nuestra paciencia y con nuestras virtudes: ademas, la felicidad consiste gran parte en nosotros mismos.

—¿De esa suerte todo el que quiere serlo, es feliz?

—Casi, casi; pero muchas veces eso depende del temperamento de las personas, de su imaginacion.

—No obstante, repuse yo, creyendo que iba á dar un golpe concluyente: la belleza es una felicidad, porque con la belleza somos admirados y amados!

—¡Ay, exclamó Magdalena, la belleza es una desventura!

—Pero, exclamé yo exasperada, en todo piensas al contrario que mi abuela! Ella dice que el ser bella es la felicidad suprema: tú, que es una desgracia el tener hermosura. ¿A quién he de creer?

—Por mi parte, te diria que á mí; pero cree, hija mia, á quien te diga tu experiencia: tu abuela ha sido feliz por su belleza; yo he sido desgraciada: no sé si te dará á tí la dicha ó la desventura; pero es más fácil y casi más seguro que le debas esta última.

—Buenas noches, dije enojada y dando algunos pasos para salir.

—¡Ah, exclamó Magdalena, he aquí á la juventud! siempre guiándose por sus ilusiones. ¡Qué triste es después el desencanto! Vé á dormir, hija mia, prosiguió, y perdona el que te haya entristecido. ¡Ojalá que me acuses de visionaria ántes de que toques la triste y desconsoladora realidad!

## VII.

## IMPRESIONES.

Salí casi irritada contra la Condesa. En mi interior, la acusaba de santurróna, de estrafalaria, y aclamaba como las mejores y las más bellas las doctrinas de mi abuela, que eran las que más me halagaban.

Porque decia yo: «¿Acaso mi buena mamá me aconseja nada malo? ¿Acaso no ha sido ella toda su vida un modelo de virtud, de pureza, de caridad? Ella lo ve todo rosado y es más feliz que Magdalena, viéndolo todo negro y sombrío. ¡Oh, sí! ¡Segun mi abuela, todo lo bueno es verdad; segun Magdalena, todo es mentira! ¡Quiero creer á mi abuela y ser, como ella, feliz y amada!»

Este fin tuvieron aquel dia mis dudas y vacilaciones: me incliné al lado de lo más bello y de lo más alegre, por esa tendencia irresistible de la juventud.

Sin embargo, yo amaba y respetaba á aquella doliente mujer, tan buena, tan dulce, tan pura, tan irrepreensible y tan bella: tenía fe en sus palabras, y sabía que siempre habia sido desgraciada; y estas ideas, que entónces se borraron con otras más risueñas, debian algun dia dar un amargo fruto, brotando en mi alma con la hiel del dolor, las semillas que entónces quedaban allí olvidadas é infructíferas.

Al dia siguiente salí con mi abuela sola, y tampoco

participó Felicia de nuestro paseo; pero sin duda que esto fué una medida adoptada por Sandoval, porque oí decir á mi buena y cariñosa madre:

— Pero ¿por qué no quieres que venga Felicia?

— ¡Yo, amada mía, no me opongo á ello, repuso el astuto marido haciendo uso de su lenguaje apasionado. ¡Que venga, si tú quieres, porque ante todo lo que anhelo es tu placer!

— ¡Pero, en fin, algun motivo tendrás para haberme dicho que opinabas porque no viniese!

— ¡Ciertamente!

— ¿Y cuál es?

— El que siendo Valeria una señorita ya, y saliendo contigo y conmigo, no es de buen gusto el que la acompañe también su aya: á pesar de eso, te repito que tu voluntad es ántes que todo lo demas.

— No, no, repuso mi abuela; en eso de conocer las reglas del buen tono nadie te gana á tí, y no quiero que por eso nos critiquen.

— ¡Ángel mio! lo esencial para mí, es que tú estés contenta.

— Lo estoy con que no venga.

— ¿De veras?

— Sí: quiero que nos citen, ménos por nosotros que por Valeria, por los modelos de la elegancia y del buen tono.

— Eso ya lo conseguirás.

— Sí, gracias á la direccion de la casa, confiada á tí.

¡Ah, querido Ernesto, cuánto te debemos Valeria y yo!

— ¡Vosotras! ¿Pues no erais ya las estrellas del cielo del gran tono, cuando yo os conocí?

— Sin embargo, ¡qué diferencia de ahora, amigo mio! ¡Cuánto más lujo desplegamos hoy!

La crédula señora se creia obligada en todo á aquel hombre que dilapidaba su caudal de la manera más escandalosa y más visible.

Mi abuela era un ángel, y su marido un demonio.

Desde la primera vuelta que dió nuestro carruaje en el paseo, fuímos el blanco de todas las miradas.

A la segunda, se reunió el conde de Rio-Claro, que iba á caballo luciendo un magnífico alazan.

Se puso al lado del carruaje en que iba yo, y advertí que muchas damas de los otros coches me miraban de un modo particular.

Sandoval, que iba sentado enfrente de nosotros, se inclinó á mí y me dijo:

— Mucho te envidian la compañía, mi querida niña; repara como te miran todas las damas, y sobre todo las jóvenes: eso no me extraña, porque el Conde es el hombre más de moda hoy y con más elementos para serlo: reúne á una gran riqueza una figura encantadora y una perfecta educacion.

Yo no supe qué contestar, pero, en el fondo de mi alma dije que Sandoval tenía mucha razon.

Volvimos á casa, y á la salida de la Fuente Castellana el Conde se despidió hasta más tarde.

Yo comí con mi abuela y su marido, y por la noche fueron las personas que acostumbraban á recibir de confianza dos veces á la semana.

El Conde no habia asistido nunca á aquellas recepciones; pero aquella noche fué y se sentó á mi lado.

Me puse al piano, á ruego de dos señoras amigas de mi abuela, y él se sentó cerca de mí para volverme las hojas.

No se necesitaba tanto para que se hablase de un proyecto de boda entre el Conde y yo; y en efecto, al despedirse la tertulia de mi abuela, se hablaba ya de la época en que podría tener lugar el casamiento.

Me volví á casa de mi padre hondamente preocupada: la imágen del Conde de Rio-Claro no se separaba de mi pensamiento.

Me dormí pensando en él, y pensando en él me desperté.

Peró ¿qué tenía de extraño que así sucediese?

Jamas hombre alguno ha reunido más ventajas para deslumbrar á una niña de mi edad.

Juventud, belleza, talento, elegancia, fortuna, todo lo que se necesita, en fin, para inspirar una pasión violenta, todo lo tenía él.

Pensaba en él con delicia, y todo lo que me aproximaba á él era amado hasta la adoración: así como todo lo que le era extraño me era á mí aborrecible.

Quizá por esta causa empezó á disgustarme la compañía de mi aya y á enojarme cuanto hacía ó decía.

Felicia habia dejado de ser jóven sin dejar de ser bella, si bien su hermosura habia cambiado de carácter y se habia convertido en una belleza grave y casi triste.

Cada día pasaba más tiempo al lado de la Condesa, mi madrastra, con quien la unia una verdadera y tierna amistad: eran dos nobles criaturas que se amaban y que eran dignas de entenderse.

Al día siguiente del en que pasé la velada en el salón de mi abuela, vino á buscarme Sandoval para ir á la ópera.

Me vistió Felicia tan elegantemente como la primera vez, y fuimos á buscar á mi abuela, abrazando yo á mi pobre aya con bastante frialdad.

Acostumbrada al resplandor que rodeaba á mi abuela; al tren magnífico que ostentaba el Conde, al método de vida deslumbrador de Sandoval, Felicia me parecia una criatura insignificante y ridícula con sus máximas de moral y de humildad.

La vida era para mí el placer, el lujo, la adulación.

Aquella noche, en vez de ir en busca de mi abuela, fuimos en derecha á la ópera Sandoval y yo.

Mi traje era sencillo, pero precioso: se componia de un vestido de seda celeste y sobre éste llevaba otro de crespon de la China del mismo color.

Una corona de florecillas azules, imitando las de los campos, ceñia mi rubia cabeza.

— ¡Nunca te he visto tan encantadora, mi amada Valeria! me dijo Sandoval: esta noche vas á acabar de volver loco á Rio-Claro.

Al oír este nombre me ruboricé y me estremecí, porque se conmovieron todas las fibras de mi alma.

— ¿Cómo se llama de nombre? le pregunté por decir algo.

— Se llama Eduardo. ¿No te gusta ese nombre?

— No me parece muy bonito, pero tampoco me parece feo.

— Veamos; háblame con la mayor franqueza, hija

mía, me dijo Sandoval tomando tiernamente mis manos entre las suyas: ¿te gusta el Conde?

— ¡No me disgusta...! dije ruborizándome: ¿pero á qué viene?...

— Viene á que él me ha dicho que te lo preguntára; se desea saber tu opinion acerca de este particular.

— ¿Con qué objeto?

— No lo puedo decir, y ademas esta noche lo sabrás.

— ¿Y por qué no lo puedo saber ahora?

— Porque ahora es un secreto.

Llegamos al teatro, nos apeamos, y Sandoval me dió el brazo.

En nuestro palco se hallaban ya mi abuela y Rio-Claro.

— ¿Qué le parece á V. mi ángel? le preguntó aquélla despues de haberme abrazado.

— ¡Lo que V. ha dicho, señora, un ángel! respondió el Conde con entusiasmo y mirándome de un modo apasionado y profundo.

— ¡Sí, cada dia trae una nueva gracia á esta adorada niña! añadió Sandoval.

Creí que todo esto era tan cierto como el Evangelio al ver todos los anteojos del teatro dirigidos á mí, y las señales de entusiasmo que todos se hacían.

Empezó la ópera, que me dispuse á escuchar con el mismo placer que la primera vez.

Se cantaba la *Sonámbula*, ese delicioso idilio de Bellini, y todo el acto primero pasó para mí en un mágico arrobamiento.

¡Qué mucho! Veía fijas en mí las apasionadas miradas

del hombre, cuya imágen estaba grabada en mi alma! ¡Estaba rodeada de adoraciones y envuelta en una nube de perfumes y de luz!

¡Oh, la más deliciosa de las noches de mi vida! ¡Con cuánto dolor te he comparado despues á otras de soledad y de abandono, y cómo vive aún tu recuerdo en mi corazón!

Un poco ántes de dar principio al acto segundo, vi abrirse la puerta de un palco platea, situado enfrente del nuestro, y entrar en él á una hermosa mujer, muy jóven y muy elegante.

Como si supiese que estábamos allí, alzó la vista, y su primera mirada se fijó en mí con una curiosidad insolente: en seguida miró á Rio-Claro y le hizo con la cabeza una pequeña señal.

Me volví á él y le ví muy turbado: se levantó, salió del palco, y pocos instantes despues le ví en el de la hermosa dama.

Antes de responder ésta á su saludo, alzó los ojos y me envió una mirada de triunfo, que al pronto me hizo palidecer y temblar.

Pero luégo sentí arder en mi corazón el despecho, y un subido carmin se extendió como un fuego por mis mejillas.

Miraba yo á aquella mujer con aire de desafio; pero ¡ay! ella ya no me veía, absorta en contemplar al Conde, con el cual sostenía una animada conversacion.

Ella parecía irritada dolorosamente.

Él se manifestaba confuso y deseoso de apaciguarla.

No logrando mi intento de que me mirase, tomé el partido de contemplarla.

Era una mujer admirablemente hermosa y muy joven, si bien no tanto como yo.

Su edad podía ser de veinte á veinte y dos años.

Su tez, blanca y pálida, estaba animada por dos hermosos ojos negros, llenos de fuego, de ternura y de expresión: largos cabellos castaños, hechos rizos, caían sobre su espalda y hombros.

Yo la veía de perfil, y éste no podía ser más suave y á la vez más perfecto.

Una nariz delicada y noble, una frente graciosa y elevada, una boca húmeda y coralina, unas mejillas de contornos llenos de dulzura y de gracia; tales eran los rasgos característicos de aquella mujer, á la que los celos me hacían ver dotada de todas las imaginables perfecciones.

Tanto como su rostro llamaban la atención la gracia y la perfecta armonía de su talle y de toda su persona: era una de esas pocas mujeres que no se pueden llamar altas, y que pasan de la estatura regular; que no se pueden llamar delgadas, y cuyos brazos, garganta y hombros tienen una esbeltez casi infantil, y que es como la patente de una eterna y poética juventud.

Vestía con una elegancia suprema, un traje de crespón blanco, con bullonados de crespón rosa muy bajo, matiz que decía maravillosamente con el color delicado y la suavidad de azucena de su tez, y con el armonioso y dorado castaño de su hermosa cabellera.

En el intervalo de algunos segundos vi pasar aquella

mujer dos ó tres veces de la expresión más tierna á la actitud más apasionada; sabía sonreír con una dulzura infinita y mirar con un desden supremo, y á la vez sonreír del modo más amargo y mirar con una expresión arrobadora.

Momentos hubo en que me pareció, al verla, que se descorría de ante mi vista un tupido velo, el velo que me ocultaba todos los misterios de la coquetería.

Admirada mi abuela al observar la insistencia con que yo dirigía mi vista hácia aquel lado, buscó la causa de mi distracción y la encontró muy pronto.

— Mira, Ernesto, dijo á su marido, con qué atención contempla Valeria á Gracia.

— ¿Cómo se llama esa señora? pregunté yo vivamente.

— Gracia, hija mía.

— Casada con el Vizconde de Torreñel, añadió Sandoval, que veía en mi rostro lo que pasaba en mi alma.

— ¡Ah, es casada! repetí yo. ¿Y está ahí su marido?

— ¡Su marido! Si está separada de él, dijo mi abuela echándose á reír.

— Su marido está allí, dijo Sandoval señalando á la segunda fila de butacas.

Yo miré con cuidado al sitio indicado, porque, sin saber la causa, deseaba conocer al marido de aquella mujer.

Pude lograrlo sin dificultad, porque él tenía vuelta la cara hácia ella y miraba con afán al palco que ocupaba.

Vi á un hombre de treinta y dos á treinta y cuatro años de edad, de fisonomía noble y leal tanto como franca y sencilla, que tenía los ojos clavados en la llamada Gracia.

El dolor pintado en aquel rostro varonil me llamó la atención y dije á mi abuela.

—¿Por qué la mirará así, mamá?

—Porque la quiere mucho, hija mia, repuso aquélla: pero, á pesar de eso, no pueden vivir juntos á causa de la mala cabeza de esa jóven, que sólo vive á su gusto entre los galanteos y las fiestas.

—¿Luego la culpa de la desunion del matrimonio es de ella?

—Sin duda.

—Querida Elena, dijo Sandoval reprimiendo con esfuerzo una violenta contrariedad; eres tan demasiado buena y cándida, que crees cuanto oyes, y lo siento, porque esto te lleva algunas veces á la injusticia, siendo como eres un ángel.

—¿Qué quieres decir, amigo mio? preguntó mi abuela.

—Que te han engañado al decirte que la culpa de la separacion de ese matrimonio es sólo de Gracia; el Vizconde tiene tambien no poca.

—¡Cómo!

—El jugaba y dilapidaba todos los caudales de la casa.

—¡Pero si era todo suyo! ¡Gracia era una pobre muchacha sin un real de dote!

—Esto no era una razon para que el Vizconde lo perdiese todo.

—Es cierto; pero ahora ella vive con un lujo más que regular.

—No; ya sabes que viste con mucha sencillez; jamas la verás un solo brillante.

En aquel momento la Vizcondesa alzó los ojos á nuestro palco, y cruzó con Sandoval una mirada rápida y profunda.

Mi abuela no vió esta mirada, pero yo la ví perfectamente y me estremecí.

Otra cosa me llamó en aquel instante la atención.

Entraban en el palco de Gracia algunos jóvenes, y Eduardo se levantó para salir.

Le dió la mano con una política afectuosa, y desapareció.

Cuando volvió á entrar en nuestro palco, llevaba en la mano dos primorosas bolsas de dulces; dos bolsas de raso de á veinticinco duros cada una.

La de mi abuela era carmesí, la mia blanca.

Yo la tomé y la coloqué distraida en el antepecho del palco, dándole gracias tristemente.

Mi abuela, con aquella bondad entusiasta que formaba la base de su carácter, le protestó mil veces de su gratitud, y elogió su exquisita galantería.

Yo miré á Gracia, para hacer ostentacion de mis dulces, con la inocente vanidad de mi edad y de mi naciente amor, pero ella no miraba y parecia del todo embebecida en oír las galanterías de los jóvenes que la rodeaban y que le habian llevado tambien dulces, flores y fotografias de los artistas que cantaban. Su marido seguia mirándola con el alma en los ojos.

Vi á muchos espectadores de los que ocupaban las localidades principales, y que conocian á mi abuela y á su marido, mirar á nuestro palco y hacer señales de inteligencia.

Aquella inocente bolsa de dulces de raso blanco con cintas verdes, colocada en el antepecho del palco, á la cual miraban todos, era una prueba elocuente de que mi boda con Rio-Claro era cosa decidida.

El ofrecer dulces, cosa que yo creia muy usual, sólo puede permitírsele un prometido esposo, ó un amigo de la mayor intimidad.

Eduardo se sentó detras de mí, me miró un instante, sin que yo volviese la cabeza, y fué á hablar, pero se detuvo, sin duda por no saber por dónde empezar.

Yo sentia en mi espalda su respiracion tibia, y ese dulce y penetrante perfume que se exhala de las personas del gran mundo y de una perfecta elegancia.

Olvidé mis celos, mi dolor al verle al lado de la Vizcondesa, todo lo que habia sufrido; aquel hombre trastornaba mi cerebro y disponia de toda mi razon.

De repente oí su voz que, con bajo y reprimido acento, me decia casi al oido:

—Valeria... yo la amo á usted.

Me estremecí violentamente, y en vez de volver la cabeza, la doblé sobre mi pecho.

—¡Yo la amo á usted! repitió.

Entónces, sin poder darme cuenta yo misma de lo que pensaba, me volví á medias y le pregunté:

—¿Y la Vizcondesa?

Me miró con una expresion de tierno reproche, y me pareció que se humedecian sus ojos; pero no dijo una palabra para disculparse.

Luégo cambió la expresion de su mirada, que se volvió brillante y tierna, y me dijo:

—Dentro de dos dias, si V. me da permiso para ello, pediré su mano de usted.

Yo no supe qué contestar, pero mi corazon latió presuroso de orgullo y de alegría.

—¿No merezco una respuesta, Valeria? me preguntó con tristeza: ¿acaso no siente V. nada por mí? ¿No me da V. permiso para que la pida á su padre.

—¡Sí! respondí débilmente.

—¡Oh, gracias, gracias! exclamó.

En aquel instante miré yo casualmente hácia el palco de la Vizcondesa, y vi entrar en él á una persona, á quien ella dió la mano con amable familiaridad.

En su alta y elegante estatura, en sus maneras de una distincion perfecta, en sus nobles facciones reconocí á mi padre.

Se inclinó hácia fuera y leyantó la vista, buscando el sitio donde estaba yo; me vió y me hizo una señal con la mano, pero evidentemente á mí sola.

—Allí está mi padre, dije al Conde.

—Le conozco, respondió él.

—¡Cómo! ¿le conoce usted?

—Sí, de verle en casa de la Vizcondesa, me respondió con mucha sencillez.

Aquéllas palabras me tranquilizaron como por encanto.

Creí que nada malo podia pasar entre Gracia y Eduardo hallándose mi padre de por medio, y que aquella mujer debia ser buena é irreprensible, supuesto que mi padre la trataba con intimidad y aprecio.

Acabó la ópera y nos retiramos; el Conde me dió el

brazo, y al pasar por una de las galerías de los palcos, muchas señoras salían de los suyos.

El de la Vizcondesa se abrió y nos hallamos de frente.

Ella salía apoyada en el brazo de mi padre y seguida de la corte de sus amigos, que era siempre muy numerosa.

Mi abuela se detuvo, le dió la mano y la besó con la bondad que le era natural.

Yo sentí temblar un tanto el brazo del Conde.

—Hé aquí mi Valeria, querida Gracia, dijo mi abuela presentándome á la Vizcondesa.

Esta se adelantó un poco para verme, y su belleza me pareció entonces mucho más seductora de lo que me había parecido desde léjos.

—Yo iba á presentar á V. mi hija, querida Vizcondesa, dijo mi padre; pero la señora de Sandoval no me ha dado tiempo...

—¡Es una niña muy linda! dijo Gracia con un poco de amargura; yo felicito á su padre y á su abuela por poseer tan preciosa joya.

—Luégo, como si quisiera cambiar de ideas, dijo á mi abuela:

—¿Vá V. mañana al baile de la Embajada de Austria, querida amiga?

—Sí, contestó aquélla; iré para llevar á Valeria.

—¡Qué! ¿la presenta V. ya en el mundo tan pronto?

—Va á cumplir diez y seis años.

—Sin embargo es muy poca edad, y tal prisa me prueba que tiene V. intenciones de casarla en breve.

—Aún no he pensado en eso, querida Vizcondesa; pero á su edad ya tenía yo á su madre.

—Esto no es América, señora, observó la Vizcondesa.

—Ya lo sé, querida mia, dijo mi abuela; si lo fuera, ya estaria casada.

—Adios, amiga mia, dijo la Vizcondesa; adios señorita: hasta mañana en la Embajada.

—Adios Valeria, dijo mi padre; hasta luégo.

Saludó á los demás con la cabeza y con mucha frialdad, y subió al carruaje con la Vizcondesa.

—Esa coqueta de Gracia creo que ha cogido al Conde en sus redes, observó Sandoval con una carcajada.

—Creo lo mismo, dijo mi abuela.

—En aquel instante se adelantaron algunas señoras y se quedaron mirándome con una especie de lástima al pasar por mi lado.

—¡Pobre jóven! dijo una de ellas.

—Sí, ¡pobre jóven! añadió otra: ¡van á sacrificarla!

—¿Porqué dirán eso? pregunté yo á Sandoval, que bajaba la escalera delante de mí, y dando el brazo á mi abuela.

—Lo dicen, repuso él, por la señorita D... que viene detras de nosotros, y á la que, siendo muy bella, la van á casar con el Duque de W..., que tiene ya mucha edad.

—Pues cuando decian: ¡pobre jóven! me miraban á mí, insistí yo con esa candidez que es á veces tan dolorosa, para el que no sabe de qué modo contrarestarla.

—Debe haber sido aprension tuya, hija mia, dijo mi abuela: ¿por qué te han de compadecer á tí, cuando la dicha se ha declarado tu compañera?

Estas palabras me tranquilizaron completamente, y cuando me despedí del Conde en casa de mi abuela, creo que respondí débilmente á la ternura con que él estrechó mi mano.

Sandoval me condujo á mi casa hablándome durante el camino de la belleza de Eduardo, de su elegancia y del extraordinario partido que tenía con las mujeres.

## VIII.

## UN TRAJE Y UNA CARTA.

Cuando llegué, Felicia, que estaba bordando á la luz de su pequeña lámpara, se levantó y vino á abrazarme.

— ¡Dios mio! exclamé al verla: ¿qué tienes, aya? ¡Qué pálida estás!

— No estoy buena, hija mia, respondió.

— ¿Por qué no has hecho avisar á un médico?

— ¡Oh, no, no es para tanto! me dijo sonriendo: sólo es un ligero dolor de cabeza; pero vamos, y se recogerá usted; á su edad se necesita dormir bien, y mañana, segun he oido, se acostará V. muy tarde, como hoy, porque va al baile de la Embajada; decididamente el mundo la ha cogido entre sus garras, añadió con su triste sonrisa, y ya no la soltará.

— ¿Y que mal hay en eso?

— Ninguno, porque en él será feliz ahora; cuando empiece á herirla la hiel de los desengaños, V. misma se retirará.

Este lenguaje me indignó; me parecia Felicia un sér insoportable, atento sólo á decirme todo lo que pudiera hacerme sufrir, en venganza de que mi nuevo método de vida la separaba de mi lado.

Sin responderle, pasé á mi tocador para desnudarme: ella me siguió.

— ¿Dónde está Justina? le pregunté.

Como iba adelantando mucho la noche, y la pobre muchacha madruga, la hice acostar.

— Otra vez, dije con enojo, te suplico, aya mia, que cuides ménos de la comodidad de mi camarera, y un poco más de la mia.

— Yo ayudaré á V. á desnudarse, querida Valeria.

— Mil gracias, respondí secamente.

— ¿No sabré hacerlo tan bien como Justina?

— Sin duda; pero no quiero que te molestes, y te suplico que te vayas á acostar; me desnudaré sola.

Mi aya me miró dolorosamente, y luégo me dijo con voz ahogada por las lágrimas:

— Buenas noches, señorita.

Conocí que lloraba y tuve impulsos de correr á sus brazos; pero me dije que con un poco de firmeza me libraria de sus predicciones, y hasta de sus cuidados, que ya se me iban haciendo insoportables, y la dejé salir.

No hallé en mi lecho tranquilidad ni reposo; como mi padre me habia dicho «hasta luégo» al oírle entrar tuve intencion de levantarme y de salir á su encuentro.

Pero luégo me dije que quizá desearia recogerse, y no me atreví á incomodarle.

Por más que hice, no me fué posible conciliar el sueño